—¡Gracias á Dios, señora!—exclamó, trayendo una silla para que se apease con más comodidad la Asistenta.—¡Gracias á Dios que la vemos por acá! Si tuviese una campana, repicaria. ¿Cómo le va á vuecencia?

—Como á las muchachas de mi tiempo, Beatriz: con muchos años vividos y pocos por vivir. ¿Y tú, mujer, cómo lo pasas? ¿Y tu madre? ¿Y tus hijos? ¿Y el que se rompió el brazo, no se resiente?

Decia esto subiendo la escalera y entrando en un gran salon con pocas y malas sillas, una mesa de pino y sin esteras.

—¡Dios mio, tia,—dijo la condesa,—esto parece un hospital robado!

—¿Y para qué quieres que amueble haciendas en las que paso cada dos ó tres años un par de horas?—contestó la Asistenta.

Se pusieron á refrescar con naranjada y limonada, y habiendo echado de ménos á D. Narciso, al asomarse á una ventana le vieron parado ante una piedra, que con su lente, ademas de sus gafas, examinaba con la mayor atencion.

De allí á un rato entró en la habitacion, tan de prisa como se lo permitian sus flacos sostenes.

—¡Señora,—exclamó con énfasis,—acabo de descubrir un tesoro! ¡Es la lápida de un sepulcro romano, con su inscripcion! Señora, ¿sabía usted que poseia semejante joya?

—No,—respondió la Asistenta,—ni me importa.

¿Qué se me da á mí de lo que haya estado puesto sobre el sepulcro de un pagano?

—¿Cómo la hallaron?—preguntó entusiasmado D. Narciso.

—¡Qué sé yo!—respondió la Asistenta.

—La hallaron—dijo la capataza—abriendo un horno de cal, y mi marido la trajo para que se ponga de umbral á la puerta de la cuadra.

—¡Oh, inepcia!—exclamó lleno de fuego anticuario el señor Delgado.—¡Oh, estúpida ignorancia! ¡Pues qué! ¿No veia su marido de usted la inscripcion latina?

—Mi marido no sabe leer,—respondió la capataza;—le estorba lo negro.

En esto entraron Fernando y Cárlos, que habian ido á examinar la lápida.

—En efecto, debe ser romana,—dijo Fernando;—la inscripcion falta porque está mutilada la piedra; pero están muy claras las S. T. T. L.

—¿Lo está usted oyendo, señora? ¡Las apreciables S. T. T. L!...—dijo D. Narciso, dirigiéndose á la Asistenta.

—¿Y qué quiere decir las apreciables S. T. T. L.?—preguntó la señora.

—Quiere decir—contestó D. Narciso—*Sit tibi terra levis: Séate la tierra ligera.*

—Pues, señor, dígole á usted—repuso la Asistenta—que dice una gran necedad.

—¡Señora!—exclamó D. Narciso.—¡Señora! La

ilustracion romana, la sancion de los siglos, la admiracion de los sabios... todo va envuelto en ese epíteto de *necedad* con la que usted se atreve á calificar ese lema sublime!

—Y lo repito,—repuso la Asistenta,—sin que me impongan sus palabrotas sabijondas ni su tono doctoral. Y lo hago sin más que compararlas con las que pone la fe católica en los sepulcros; éstas son, caso que sepa usted las paganas y no las católicas: R. I. P. A.: *Descanse en paz, Amén;* solemne clamor á Dios por el alma inmortal. Pero... *¡Séate la tierra ligera!* Esa es una oracion dirigida á la *tierra*, para que se haga ligera como un volatin y no pese sobre huesos y polvo, que le estarán muy agradecidos. ¡Devota oracion son por cierto vuestras apreciables S. T. T. L.! ¿Qué le parece á usted ese epitafio, D. Benigno, *Séate la tierra ligera?*

—Señora,—contestó con voz modesta D. Benigno,—que no le pega al que se entierra en bóveda.

—¡Por supuesto! ¡Cae de su peso! Y tú, María, ¿qué dices? ¿Tú que estás abriendo ahí tantos ojos?

—Digo, señora,—contestó la interrogada,—que parece pegaría méjor que eso, el poner, ya que algo ligero habia de haber, séante tus culpas ligeras.

—¡Y muy bien que dices, mujer!—repuso la Asistenta.—Mucho mejor que los sabios, pues en tocando á cosas del alma y de la otra vida no hay más sabiduría, ni más acá ni más allá, que la religion católica. Y á tí, mi niña, ¿qué te han parecido

esas *apreciables* S. T. T. L. que entusiasman á Don Narciso?

—No despiertan en mí los pensamientos que me parecen adecuados á la muerte,—respondió Élia.

—¿Pues qué pondria usted sobre una tumba, señorita?—preguntó con aire burlon D. Narciso, que no se habia dignado atender á D. Benigno ni á María.—¿Usted, que les quiere enmendar la plana á los romanos?

—Pondria—respondió Élia—una cosa que decia la Madre Abadesa siempre que se hablaba de la muerte:

Baja, si quieres subir;
Pierde, si quieres ganar;
¡Muere, si quieres vivir!

—¡Bien, bien, hija de mi alma!—exclamó la Asistenta.—Ven acá que te abrace y te chille. Ya voy viendo que todos sabemos más que esos decantados romanos sólo con saber la doctrina. ¡Váyanse á freir monas con sus latines paganos! Bien pensó tu marido, Beatriz: que se ponga la piedra para umbral en la cuadra.

—Pero, señora,—dijo D. Narciso,—si usted no pone precio á semejante objeto, véndala usted, que es de gran valor.

—No vendo sino los años,—contestó la Asistenta.

—Regálemela usted á mí, tia,—dijo Clara.

—No estoy de humor de regalar,—contestó su

tia, que habia decidido determinadamente el exterminio de las *apreciables* S. T. T. L.

—¡Que terca es tia!—dijo Clara á Cárlos, que estaba á su lado, impaciente por la fresca negativa de su tia.

—Como buena propietaria de fincas rurales, no le gustan las *tierras ligeras*,—respondió Cárlos.

—Ni los sobrinos pesados,—dijo con viveza la Asistenta, que lo oyó.

—¡Qué lástima, Clara,—prosiguió Cárlos,—que no esté aquí nuestro amigo sir Arthur Sidney, que andaba recorriendo todo Madrid en busca de antigüedades, de que era tan entusiasta!

—Como todo hombre ilustrado,—dijo pavoneándose D. Narciso.

—¿Y quién es ése?—preguntó la Asistenta.—¿Es aquel violinista de márras?

—No señora,—contestó Cárlos;—es un jóven inglés muy distinguido, hijo de un obispo.

—¿Qué?—preguntó la Asistenta.—¡Hijo de un obispo! ¿Qué estás diciendo, criatura?

—Sí señora, eso he dicho. En Inglaterra se casan los obispos.

—¡Mentira más desfachada!—repuso la señora.—Esta es propiamente tal, que le da un bofeton á la verdad. ¿Me querrás hacer creer que hay un país en el que se casen los obispos?

—¡Vaya con mi tia,—dijo Cárlos,—que le pone á uno de embustero con la frescura del mundo! Sí

señora, sí señora; en Inglaterra se casan los curas, los canónigos y los obispos, los monacillos y los capellanes; es un casorio general.

—Oye, barbilampiño,—dijo impaciente la Asistenta: —¿te has figurado acaso que yo me las trago como torreznos? ¡Hijo de obispo!... ¡Ni al enemigo se le ocurre otra!

—¿Qué ocurrir, ni qué ocurrir?—exclamó Cárlos soltando una carcajada al ver la incredulidad de su tia.—Pregúnteselo usted á Clara, que ha estado en Lóndres.

—Es cierto,—dijo la condesa;—son casados allá los obispos, tia; porque como no son *papistas*, como nos llaman, pueden...

—¿Y tú tambien, Clara?—le interrumpió la Asistenta.—¿Están ustedes locos, ó me lo quieren volver á mí? *¡Obispa! ¡obispa!* D. Benigno, ¿concibe usted una *obispa?*

—No señora,—respondió éste;—ni tampoco una *cura*.

—¿Quiere usted, señora,—dijo D. Narciso entre impaciente y compadecido,—que le enseñe á usted en volviendo á Sevilla el *Paraje and Baronetage* inglés, en que están anotados de oficio los nombres de todas las casas nobles, con sus enlaces, procedencias y descendencias, y verá usted blanco sobre negro las de los obispos?

—¡Viva usted mil años!—respondió lacónicamente la Asistenta.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver; y así tia...

Pero la condesa, interrumpiéndole, le murmuró al oído:

—No insistas, primo, no la convencerás, y no lograrás sino impacientarla. Déjala en su error. ¿Qué mal hay en que esté persuadida de que los obispos son incasables?

—Pues á mí me enternece y llena de un sentimiento de alta veneracion,—dijo Fernando á su prima,—el ver una prueba de la altísima y casi ideal dignidad que han sabido dar nuestros obispos á la mitra, que acaba de demostrarse patentemente en la decidida y calurosa repulsa de tia, que eleva y separa á estos dignos prelados de todo interes, de toda pasion, de todo amor, de todas las relaciones personales de la tierra. Esta instintiva fe prueba más en favor de la institucion y de los individuos, que podrian hacerlo copiosos argumentos.

—Pero, señor mio,—dijo D. Narciso, que se habia acercado á ellos,—confiese usted que pasa de castaño oscuro aferrarse así en un error como ése, sin pararse en que no se trata de católicos.

—Pues esto es—repuso Fernando—que ese santo respeto se extiende hasta sobre el nombre que se ha dado á esa dignidad de *obispo*, que mi tia no separa del catolicismo. Aun esto es grande bajo el aspecto de la Fe, y bello bajo el de la adhesion; y tiene todas mis simpatías, ¡qué quiere usted que le di-

ga! Envidio esa indignacion de mi tia, que oye una verdad que á nosotros no nos extraña, como una profanacion, una creacion fantástica. ¡Cuán verdad es que cuanto más se sabe... ménos se siente!

—Más vale saber que sentir,—dijo el ilustrado D. Narciso.

—¡Eso no!—exclamó Cárlos.—Doy todos mis libros por un sentimiento.

—Sobre todo—dijo Fernando—en materias de Religion; puesto que la fe del corazon se da, la de la cabeza se rinde.

Despues que hubieron refrescado, salieron á dar un paseo miéntras preparaban la comida.

Ofreció Fernando el brazo á su tia.

—No, hijo mio,—le dijo ésta,—te lo agradezco; déjame con D. Benigno, que está hecho á mi andar. Tampoco quiero alejarme. Así, vete tú con los demas; sólo te encargo que cuides de Élia: corre mucho, y con el sol que hace puede coger un tabardillo.

Don Benigno abrió un tremendo paraguas colorado, debajo del cual cabian una docena de personas, para dar sombra á su señora; el capataz iba al lado de ésta quitando estorbos de la vereda.

—Señora,—dijo D. Benigno,—Frasco y yo hemos pensado que hay aquí sobra de gente, cuyos salarios se pueden ahorrar. Las ovejas tienen tres pastores; con el rabadan, un pastor y un zagalillo basta: no se necesita burrero, porque las burras están

ahora casi todas en el acarreo, y en pasando la cogida, un guarda es suficiente.

—Es verdad,—contestó la Asistenta;—llevan ustedes razon; sólo que no han caido en una cosa.

—¿Y cuál es?—preguntaron ambos á una voz.

—Es—contestó la señora—que si yo no los necesito á ellos, ellos me necesitan á mí. Quédese, pues, todo como está.

Entre tanto, Élia corria como una corza, examinaba los arbustos, cogia flores, y pronto se adelantó á todos los demas.

—¡Mira,—le dijo á Cárlos, enseñándole una especie de campanilla morada, de una hechura particular, comun en Andalucía,—mira qué *candil de vieja!*

—Más me gusta mirar en tu cara antorchas de jóven,—respondió Cárlos.

—Cárlos,—dijo Élia,—has tomado desde algun tiempo á esta parte la costumbre de celebrarme en mi cara, y esto no está bien: ésas se llaman lisonjas; las celebraciones se hacen á espaldas de las gentes. ¿Te gustaria á tí que yo te dijese en tu cara: ¡Qué buen mozo eres, Cárlos; qué buen genio tienes, y qué gracia en todo; ninguno de los que van á casa de mi madre se puede comparar contigo!..., así como lo digo á tus espaldas?

—Sí por cierto que me gustaria,—dijo Cárlos alborozado.—¡Élia, eso me haria feliz!

—¡Alabo la presuncion!—repuso Élia.—¿Con que las celebraciones te hacen feliz?

—Cuando salen de tu boca, sí.

—¿Y por qué de mi boca?

—Porque te quiero, Élia, porque te quiero entrañablemente; y no es como el hermano á la hermana, la madre al hijo, el amigo al amigo; es como ama la vida al alma, sin la que no puede vivir, no puede ser perfecta, de la que no puede separarse sin sucumbir.

Una confusion extraña para ella se apoderó de Élia al oir las dulces, pero apasionadas palabras de Cárlos; bajó los ojos y dió un paso atras, encogiéndose, como la sensitiva, al primer latido de su corazon.

—¿Lo crees así, Élia mia?—preguntó Cárlos con voz profundamente conmovida.

Élia, echándose en cara aquel primer é instintivo movimiento de desvío como una falta ó una ingratitud, levantó sus negros ojos, los fijó en Cárlos con la dulzura y candor de un ángel, y dijo:

—Sí, lo creo, Cárlos; ¿por qué no lo habia de creer?

—Y tú, Élia,—prosiguió Cárlos con queda y temblorosa voz,—¿me quieres como yo á tí?

—Tanto te quiero, Cárlos,—contestó la ingenua Élia,—que si tuvieses otra vez que marcharte, me volveria al convento, porque todo se me haria triste y vacío sin tí.

—Pues yo te juro,—dijo Cárlos en tono solemne, y pasando con una mano que en seguida levan-

tó al cielo, un anillo de oro al dedo de Élia,—yo te juro, y pongo á Dios, á tu padre, y á los ángeles, tus hermanos, por testigos, de amarte siempre, de unir mi suerte á la tuya, de ser tu compañero y protector, y de partir fielmente contigo las penas y los goces que trae consigo la vida.

—¿Esto es... que serás mi marido, Cárlos?

—¡A fe de caballero!

—¡Cuánto lo va á celebrar mi madre!

—Nada le digas,—exclamó con viveza el jóven.

—¿Y por qué, Cárlos?

—Porque... porque... porque, Élia, toca á los hombres hablar primero, y ántes que á nadie á sus padres.

—Dices bien, Cárlos, lo comprendo; pero que sea pronto. ¡Me cuesta tanto callarle algo á mi madre!

—No podrá ser tan pronto, Élia; es preciso preparar á la mia.

—¿Prepararla? ¿Y por qué, Cárlos?

—Porque, inocente mia, las madres, por lo general, no son gustosas en que se casen sus hijos, sobre todo... si... si son muy jóvenes.

—¿Que no son gustosas las madres en que se casen sus hijos? ¡Pensaba yo que se alegrarian! ¡Un secreto! ¡un secreto!—siguió murmurando tristemente.

—Élia, ¿no te parece dulce un secreto de amor como el nuestro?

—El amor, sí, Cárlos; ¡el secreto... no!

—¿Por qué, Élia mia?

—Porque todo es más bello á la faz del sol de Dios, Cárlos; porque un secreto en un corazon es una mancha en un cristal que le quita su trasparencia; porque un secreto es un arco de hierro puesto en un pimpollo de rosa, que le impide desarrollarse.

En este momento Fernando, que buscaba á Élia segun se lo habia encargado su tia, salió de repente de detras de los olivos.

Élia, instintivamente avergonzada, huyó. Cárlos, sorprendido, quedó mudo.

—¡Cárlos, Cárlos,—dijo Fernando en tono de amarga reconvencion,—éste no es el proceder de un caballero!

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó Cárlos irritado.

—Que no lo es el engreir con galanteos á la jóven que llama hija nuestra tia; á la que es un ángel de inocencia, una párvula en inexperiencia; y no tener presente que son este ramo las rosas para tí, las espinas para ella.

—Me ultrajas, Fernando, y la menosprecias á ella. En prueba de ello te repetiré lo que á Élia, á la faz del cielo que nos sonrie y aprueba, juraba en este momento. A Élia, tan elevada como humilde, tan débil como confiada, tan bella como buena, llevaré al altar, en cuyas aras se consagran lazos tan poderosos y santos, que merecieron de Dios el poder de quebrantar todos los demas de la tierra.

Fernando, al oir á su hermano, quedó largo tiempo suspenso. Los invencibles obstáculos que se oponian al intento de su hermano, las desgracias y discordias que preveia, le aterraron. Por otro lado, la satisfaccion de haber hallado á su hermano, si bien irreflexivo y arrojado como siempre, como siempre tambien noble y honrado, le desarmaron; y así, acercándose á Cárlos, le dijo:

—Perdona, hermano, si he sido injusto; pero no te has parado á considerar que lo que intentas es imposible, y que si insistes en llevar á cabo tu intento, vas á labrar su desgracia y la tuya.

—¿Y por qué?

—Porque Élia, la niña expósita, no debe, ni puede, ni querrá ser la mujer de un Orrea.

—Élia—respondió Cárlos—es muy novicia en el mundo para sospechar siquiera que la falta de nacimiento levante una barrera entre dos séres que se aman. Ademas, sabes que por disposicion de tia, se cree hija de una amiga suya. Por mí, sabes el poco precio que pongo á preocupaciones caducas.

—¡Caducas!—dijo Fernando.—Esto lo dices con la autoridad de palabras huecas y vanas que pulverizan á su paso el tiempo y la experiencia. ¿No sabes, acaso, que hay árboles con tales raíces que, aunque logren cortarlos, vuelven á brotar con más fuerza, porque su savia está en las entrañas de la tierra madre? ¡Cárlos, no desafies á la sociedad!

—¿Qué me importa su fallo?

—No se opone uno al mundo,—prosiguió Fernando,—sin que éste se vengue; no se desprecian las opiniones de los hombres, sin que éstas amarguen cruelmente la vida.

—¡Las opiniones!—exclamó Cárlos con desden.—¿Me crees mujer, para que á ellas me someta?

—Están de tal suerte enlazadas en nuestra existencia,—repuso Fernando,—que nadie puede prescindir de su influencia. ¡Huye... Cárlos! Sigue el consejo de un hermano que te quiere con corazon de padre. Sacrificar una pasion á la razon, es derramar paz en la vida.

—¿Qué religion, qué moral, ni qué deberes me imponen ese sacrificio? ¿Sobre qué altar llevaria en holocausto la felicidad de Élia y la mia?—dijo Cárlos.

—Léjos estamos de entendernos,—respondió Fernando con dignidad,—si se encierran para tí todos los deberes del vástago de una casa ilustre, del caballero y del hombre delicado, en los morales y religiosos. Dejando este terreno en que nos separa tu pasion ciega, ten presente, Cárlos, que vas á labrar la sepultura á tu madre.

Cárlos se estremeció y quedó suspenso; pero despues de un rato, dijo:

—¡No, Fernando, no! Es demasiado justa y buena madre; no querrá mi desgracia, se dejará ablandar; debe querer y apreciar á ese ángel puro. ¿Por ventura sofocan el orgullo y la vanidad todos los demas sentimientos del corazon? Y tú, Fernando mio,

que has sido siempre mi amparo, mi protector, ¿no me ampararás, no me protegerás ahora?

Diciendo estas palabras, apoyó su encendido rostro en el hombro de su hermano. Este le estrechó sobre su pecho, y le dijo:

—¡Y lo seré siempre, Cárlos! Pero prefiero alejarte de un precipicio, á tener que sacarte de un abismo.

CAPITULO XI.

Miéntras pasaban estas escenas en las que várias pasiones se agitaban amenazando el porvenir, como las agitadas pulsaciones de la sangre que empiezan á precipitarse anuncian una crísis violenta en nuestro sistema orgánico, tenia lugar una escena de muy diferente índole y consecuencias en otra parte del olivar.

Hallábase la Asistenta en medio de un círculo espantoso de multitud de séres cubiertos de andrajos, sucios, desgreñados, que con ademanes descompuestos y voces discordantes gritaban ó aullaban:

—¡Presa!... ¡presa!

Lo raro era que la cara de la señora, léjos de estar asustada como era de inferir, estaba muy complacida, y que le decia al capataz, que hacía ademan de querer alejar á aquellos foragidos: